

# LUMINANTES

- El legado de Norah -

Ibán Roca



Estoy soñando. Lo sé porque mi madre conserva la mano que perdió con su vida cuando se tiró por el balcón de casa. Corremos por el borde del precipicio más alto que he visto en mi vida: abajo el suelo es de agua hasta donde alcanza la vista, y en el cielo, que también es azul, un disco de luz dorada resalta los colores hasta el imposible.

Los colores son especialmente vivos en los sueños.

No es la primera vez que mi madre se me aparece en este lugar, pero eso no significa que sea un lugar real. En el mundo no hay suficientes unidades lumínicas para iluminar como ilumina el disco dorado, ni agua para llenar un suelo tan grande y mucho menos pintura azul para pintar un cielo. Hay muchas cosas en mis sueños a las que no sé poner nombre, pero de lo que sí estoy segura es que es un sueño del pasado, de la fecha en la que mis padres se juraron amor eterno. Lo sé porque mi madre lleva puesto su vestido de celebrante y carga con su cesta de galletas de la criba.

Descendemos por una pendiente llena de obstáculos, que no es ni una calle, ni una avenida, ni una escalera. Cuanto más abajo el ruido del agua se vuelve más atronador. Al final de la pendiente saltamos con los pies juntos sobre una franja estrecha de suelo blando, entre la pared del precipicio y el agua, y corremos pisando donde el agua deja una estela blanca antes de desaparecer en el suelo.

En la base del precipicio una luz deja intuir una cavidad. Es como el portal de entrada a nuestro edificio de apartamentos, solo que aquí no hay puerta. Dejamos el exterior pisando el mismo suelo blando y nos rodea algo parecido a una pared continua y abovedada, de superficie más irregular,

húmeda y oscura que nuestras paredes de hormigón. En el fondo de la cavidad una unidad lumínica alumbró el cuerpo de un hombre tendido en un jergón. No es un hombre cualquiera, si lo fuera mi madre no correría a su lado sin importarle el vestido ni las galletas de la criba que ruedan por el suelo.

Como en todos mis sueños, mi madre no me ve ni me oye, así que no intento hablarle ni tocar nada. Estoy aquí como espectadora.

El hombre es joven como mi madre, como yo ahora, pero distinto a todas las personas que conozco. No se resiste cuando mi madre lo rodea con los brazos y apoya la cabeza contra su pecho. Cuando le toca el cabello, la frente y las mejillas, igual que mi madre hacía conmigo en casa cuando yo era niña; una niña demasiado pequeña para saber que las personas no nos tocamos, porque tocarse, además de innecesario, es muy peligroso.

No entiendo al hombre cuando habla. En los sueños las voces son un eco lejano y en este, el ruido del agua es muy fuerte. Aprieta los labios porque el dolor en la fase terminal del mal del tizne es insoportable, sin embargo, le quedan fuerzas para quitarse el colgante que le adorna el cuello y para ponérselo a mi madre. Reconozco el colgante. Se llama «la flor de Norah», igual que mi madre. Mi madre dice que el colgante tiene la forma de una cosa llamada flor, pero como nadie más a visto nunca nada igual, mi madre le puso al colgante su nombre y de ahí lo de «la flor de Norah».

Es un colgante muy bonito, único como el material dorado y brillante del que está hecho, pero a pesar de su belleza siempre tuvo una influencia negativa sobre mi madre. Nunca

me dijo de dónde lo sacó, jamás se lo ponía cuando papá estaba en casa y más de una ocasión, cuando papá no estaba, la sorprendí apretándolo muy fuerte contra el pecho, encogida en la cama. Entonces me pedía que volviera a mi dormitorio. Recuerdo sus ojos brillantes por el líquido que rueda por las mejillas cuando no cabe en los párpados, igual que hace ahora sobre el pecho del hombre. ¿Por qué hace eso?

Un viento fortísimo ruge fuera, la unidad lumínica estalla con un chispazo y se hace un silencio hermético. Sé que son sonidos en mi sueño y no en mi dormitorio, porque mi madre y el hombre también se sobresaltan. En los sueños es fácil saltarte las leyes de la física, así que con un parpadeo regreso al exterior donde el cielo está tapado por un nubarrón denso que se traga la luz y donde descubro una esfera de oscuridad y destellos púrpura levitando sobre mi cabeza. Es el Celador. Sirve a Origen, nuestro amado benefactor, y su misión es llevarse a nuestros muertos.

Despierto sorprendida por un grito y un fogonazo que deja una estela de imágenes inconexas en mi cabeza. El grito es de mi madre. No, imposible, digo una estupidez. Nadie grita así sino es durante el parto y solo si algo va mal o está muy desajustada.

En la penumbra del dormitorio noto la piel mojada bajo el camisón y la presión en el pecho. «Tranquila», me digo, no pasa nada. No es la primera vez y estoy acostumbrada. Formo una pelota con el cuerpo bajo las sábanas y me masajeo el ombligo hasta que el dolor me pasa un poco. Los dígitos de mi pulsera de vida señalan que faltan tres minutos para que termine el intervalo de descanso y me pueda levantar. La fecha de mi

criba, por fin, cuando Origen me asignará esposo y me inyectaré mi primera dosis de maná. La medicina contra el mal del tizne, el suero que me mantendrá viva el resto de mi vida.

Papá tiene razón, me he hecho mayor; ya no soy una niña.

Hace más de veinte minutos que desperté, pero sigo en la cama y no quiero moverme ni para coger el mando que regula la entrada de luz en el dormitorio. En los sueños con mi madre el cielo a veces está lleno de luz y otras de oscuridad, pero en el mundo real el cielo siempre tiene la misma luminosidad mortecina y gris. Por eso para dormir necesitamos graduar el tinte de la ventana del dormitorio al máximo.

Estoy sentada sobre la almohada, con las piernas recogidas contra el pecho y los brazos cruzados sobre las rodillas, de modo que la pantalla de mi pulsera de vida me queda a unos pocos centímetros de la nariz. La pulsera de vida es el maravilloso ingenio electrónico que nos comunica con Origen, nuestro amado benefactor. La pantalla recibe los dictámenes de Origen, su palabra, lo que nos hace como somos, únicos e irrepetibles: pensamiento, reacciones y toma de decisiones, movilidad, horarios, relaciones, ingesta de alimentos y disfrute de bienes. No sé qué sería de nosotros si Origen no dictara nuestros destinos, si tuviéramos que pensar, sentir y decidir por nosotros mismos. Si todo el mundo renegara de Origen y saltara por el balcón como hizo mi madre.

Como la pantalla de la pulsera de vida dispone de caracteres luminosos, cuando pita, leo el dictamen sin problemas: «Ciclo 15 del 7º mes del 374 año de Origen. Intervalo de actuación: 09:00 a 14:00 horas. Actividad: canje de galletas de la festividad de la criba. Para descarga lista de canje,

pulse #1379#. Armoniosa festividad de la criba, Lara 2 023518 550197». La autorización, por fin. Bajo de la cama como un relámpago, cojo la ropa de celebrante de la silla que hay junto a la puerta y me meto en el baño gritando a papá el saludo propio del final del intervalo de descanso.

El canje de galletas es una de las tradiciones más importantes de la festividad de la criba. Durante el intervalo de actuación asignado, cada celebrante (así nos llamamos los chicos y chicas que participamos en la criba) canjea su docena de galletas siguiendo el dictamen establecido por Origen. El canje es uno de los momentos más felices en la vida de todas las chicas, por eso no comprendo por qué mi madre enloquecía con la sola mención de las galletas.

Me doy prisa en asearme y vestirme porque el tiempo es importante. Recojo en la cocina la cesta que dejé preparada ayer, entro en el salón, me inclino con una reverencia, recito a papá el código de mi dictamen que me autoriza a salir y abro la puerta. Ni media palabra entre nosotros, hoy con más razón que nunca. Cierro la puerta y al otro lado papá enciende el televisor y oigo uno de los anuncios de la criba. No necesito tener a papá delante para recordar cada arruga de su rostro. Solo hace ocho años que cumplió la edad de jubilación, pero parece un hombre mucho mayor, casi un octogenario.

Su prematura vejez es otra de las cosas que debemos a mi madre.

Pasará toda la jornada sentado frente al televisor, con la sola compañía de las fotografías de Charlize y Evan, del aparador. En el apartamento no hay más recuerdos de mis hermanos. Mi madre nos dio a luz a los nueve meses de su



unión con papá. Tres trillizos y un único embarazo, después las mujeres nos quedamos estériles y no hay segundas oportunidades.

No echo de menos a mis hermanos. No les conozco, si acaso, a veces les envidio un poco. Charlize y Evan son mis uno y dos, el primer y segundo bebé en el orden del parto, los que tienen la suerte de disfrutar de una vida plena al servicio de Origen. Y luego estoy yo, el bebé que hace tres, el más perezoso en salir del útero. El hijo que se queda en casa y cuida a sus padres en edad de jubilación.

Cuando papá tenía recuerdos de mi madre solía decir que mis hermanos y yo fue lo único que mi madre hizo bien. No se cansaba de repetir que nació antes que mis hermanos y que soy la que hace tres porque mi madre mintió al rellenar nuestras partidas de nacimiento. No sé de dónde sacaba papá esas ideas y mucho menos comprendo su empeño por recordármelo cuando nada puedo hacer al respecto. Me guste o no, seré una que hace tres el resto de mi vida.

La unidad lumínica del rellano parpadea, lo que me recuerda que tengo que enviar la solicitud de reparación al Ministerio de Tecnología. Si mi madre siguiera con nosotros podría encargarse, porque cuando no estaba de baja, trabajaba como funcionaria de sustituciones en el Ministerio de Tecnología.

Llamo al ascensor y mientras espero, me acomodo la cesta de galletas en el brazo. Entro en la cabina y las paredes de espejo crean el efecto óptico de un millar de «Laras» que se alejan de mí hasta perderse en el infinito. Visto la blusa de color hueso y la falda a cuadros del uniforme de celebrante y también

he escogido unas zapatillas de loneta, el modelo más sencillo del despacho de vestimenta y complementos que hay al final de la calle. Me pongo detrás de las orejas los cabellos que escapan a la goma de mi cola, para que mi identificador (la secuencia numérica de trece cifras tatuada en mi frente) quede bien visible. Perfecta, como es deseo de Origen.

Cuando salgo a la calle el ojo de control que hay sobre el interfono lee mi identificador y registra mi salida del edificio. A pesar de lo que hizo mi madre, confío en canjear mis galletas en el tiempo asignado por Origen. Consulto mi pulsera de vida y compruebo que me quedan cuatro horas, cuarenta y ocho minutos y dieciséis segundos, ni un segundo más.

Nuestro mundo se llama el Nudo porque Origen mantiene el suelo unido bajo nuestros pies, no como ocurre al otro lado del perímetro de seguridad, donde todo es abismo y oscuridad. El apartamento que Origen asignó a mi familia está situado en la octava planta de un edificio del límite de la Partición, mi barrio. Se llama la Partición porque divide el Nudo en dos barrios más: el del Norte y el del Sur. Idénticas fachadas de hormigón, gris como el cielo sobre mi cabeza y las mismas unidades lumínicas en las calles.

Lo que separa los tres barrios son unos arcos de paso que nadie se molesta en cruzar, porque Origen cuida y provee a todos por igual: una pulsera de vida, tres trillizos por familia, un apartamento idéntico, un trabajo productivo y, sobre todo, las dosis de maná que mantienen a raya el mal del tizne. Hay que trabajar duro para alcanzar la cuota de producción que paga el maná. Sin embargo, hay trabajo para todos, así que no hay

competencia entre nosotros ni necesidad de buscar trabajo en otro barrio.

Normalmente mi área de movilidad está muy concurrida a estas horas. Cientos de funcionarios salen de sus apartamentos y cruzan las calles en dirección a sus puestos de producción. Hombres y mujeres de paso ligero, vestidos con sus monos grises y cargados con las maletitas metálicas para el almuerzo. Sin embargo, hoy las calles están desiertas, los puestos ambulantes de tortitas de pulpa han desaparecido y las oficinas ministeriales y los despachos de bienes están todos cerrados.

La criba es el único ciclo festivo del mes. Eso significa que los únicos funcionarios que tienen el privilegio de trabajar son los encargados de los despachos dispensadores de maná. Para ellos nada cambia, cumplen el horario habitual de apertura al público de siete a veintidós horas, siete ciclos a la semana, y contabilizan su cuota al final del intervalo de producción. El resto evita la tentación de trabajar encerrándose en sus apartamentos y solo sale a la calle para acudir a la ceremonia de la criba.

La criba se celebra en el Atrio, un coliseo con un aforo de unas cien mil localidades, que son todos los habitantes del Nudo. Comienza con el parlamento de los custodios, nuestros representantes, después llega el tanteo y la asignación, que es la parte de la ceremonia en la que los celebrantes nos mezclaremos y conoceremos a la pareja que Origen nos asignó al nacer. Entonces las parejas juramos nuestro eterno compromiso de convivencia, apareamiento y productividad, nos inyectamos el maná y una vez convertidos en esposos,

desfilamos ante las autoridades, la parte más esperada por las familias.

Cuando llego a la calle 12, esquina con la 22, introduzco en mi pulsera de vida el código de acceso a mi lista del canje y la pantalla se ilumina con los dígitos de siete identificadores. Gretchen 2 021891 443201 y Keita 2 021493 562817 son los únicos a quien conozco, ya que formaron parte de la agenda de contactos que Origen diseñó para mí cuando nació.

Aunque voy a tener que visitar a todos los nombres de la lista, prefiero empezar por los conocidos. Sitúo las direcciones de Keita y Gretchen sobre la cuadrícula mental de calles de mi área de movilidad y calculo la posición del apartamento más cercano: Keita 2 021493 562817, en el número 18 de la calle 23.

\*

No necesito pulsar el botón del piso de Keita en el interfono. El ojo de control instalado sobre el interfono registra mi llegada y un zumbido electrónico anuncia la apertura de la puerta acristalada del recibidor.

Tomo el ascensor, idéntico al de mi edificio y mientras la cabina asciende, me plancho la blusa con la mano plana sobre el pecho y la cintura. El identificador me arde en la piel. Si Origen lo permitiera, me lo arañaría con las uñas hasta arrancármelo. Es obvio que Origen capta mi pensamiento, porque inmediatamente recibo en mi pulsera un dictamen suyo de ánimo: «Eres Lara 2 023518 550197, la que hace tres de Norah la suicida, pero no eres tu madre». Agradezco el detalle con una inclinación de cabeza y cuando el ascensor se detiene, respiro hondo y salgo.

Keita me espera ante la puerta abierta de su apartamento.

—Armoniosa festividad de la criba 2 023518 550197 — me saluda con esa voz que nos encandila a todas. Aunque nuestro saludo tiene lugar en el recibidor, inmediatamente, me invitada a pasar. No es especialmente guapo, pero me encanta su dentadura blanquísima, la piel oscura, casi negra y el enjambre de caracolillos de su pelo negro y siempre brillante. Además, posee un carisma especial, una fuerza tranquila que impone o reconforta a conveniencia, porque es sociable y comunicativo, pero no ruidoso, y aunque no es popular como otros que hacen tres, sabe hacer que te sientas cómoda en su compañía.

Está claro que Origen le aprecia, ya que los dictámenes que le hacen como es, siempre le favorecen.

Cuando entramos en el salón, el saludo oficial de una chica pone voz al gesto indiferente de otro chico acomodado en el sofá. En un primer momento no les reconozco. No les había vuelto a ver desde enseñanza 1-5, pero cuando recibo el identificador de la chica en mi pulsera, les sitúo de inmediato: Son Olivier y Aurélie, los predestinados de la Partición. La coincidencia en las últimas seis cifras de sus identificadores aseguran su unión en la criba, una rareza. Hace más de treinta años que Origen no une a dos vecinos de un mismo barrio.

Olivier dirige mi mirada hacia la pared que queda a mi espalda, desde donde Adrián 2 027784 490122 y una chica cuyo identificador no me dice nada, analizan la clasificación del canje que emite el televisor. Adrián viste el uniforme de gala de la criba, aunque no lo necesita para estar radiante. Es el chico más popular de la Partición. Es guapo, inteligente y educado, y tiene

por delante un futuro brillante. Su padre es el custodio de la Partición, la máxima autoridad administrativa en el barrio, y él lo será en el futuro. En definitiva, el mejor esposo que una chica pueda desear. A ella no la recuerdo, aunque no me extraña porque siempre voy con prisas del despacho de bienes a casa y de casa al despacho de bienes. Lleva puesto el uniforme de no celebrante y unos zapatitos de charol de nivel 3. Parece una muñequita recién salida de una oficina de estética y peluquería. Está claro que ella y Adrián son contactos. Si no lo fueran, no cuchichearían tan alegremente sin reparar en el contador de segundos de sus pulseras.

De todos modos, no tiene ningún misterio encontrar a Adrián en el apartamento de Keita. No es su criba, pero tiene que estar aquí, porque él y Keita son contactos inseparables. Los tres fuimos contactos inseparables hasta que mi madre hizo lo que hizo y Origen borró los identificadores de mi agenda de contactos, incluidos, por supuesto, los de Adrián y Keita. Papá dice que los tres aprendimos a caminar en la misma aula de enseñanza 1-5 y que por las tardes nos pasábamos las horas en el área de juegos comunitarios de la calle 17, Adrián y Keita enzarzados en alguna competición y yo detrás, siempre detrás, como dictaba mi pulsera de vida.

Adrián me ve y levanta la copa ante los ojos con un gesto de protocolo. Sabe que soy la hija de Norah la suicida, pero no recuerda quien fui antes de eso. Cuando mi madre se suicidó, fue llevado a una oficina de reajustes donde le borraron nuestros recuerdos de la niñez. Lo sé porque papá y yo fuimos los primeros del barrio en acudir a la oficina de reajustes. Por esa razón, papá no conserva de mi madre más que la vergüenza

de saber que fue su esposa, yo, en cambio, lo recuerdo todo, sueño con ella y los funcionarios de reajustes no saben qué más hacer para borrarla de mi cabeza. Todo un misterio.

La pulsera me autoriza y devuelvo el saludo a Adrián, después, Aurélie interpone un plato de galletas entre ambos.

—Eres nuestra última —me informa Aurélie. Ya lo veo. En el plato solo cuento tres galletas de Keita, dos de Olivier y una con su identificador. Lo malo es que en el televisor, mi número de galletas por colocar parpadea en rojo en la última posición de una columna de siete cifras. No me extraña, es lo que merezco.

—1Au - 3Ke - 2Ol —leo en mi pulsera y vacío el plato.

Cuando el canje concluye, son más las galletas que tomo que las que coloco y en el televisor mi identificador no se mueve de la última posición de la lista.

Keita me desea suerte de vuelta en el recibidor. Atrás queda el murmullo monótono de la conversación de Aurélie y Olivier y la ausencia de Adrián, desaparecido desde que empecé el canje.

—Lo mismo te deseo —respondo con una leve inclinación de cabeza, sin rozarnos.

Las cuatro galletas que coloco en mis siguientes dos visitas no compensan las que me han colocado en el apartamento de Keita. De todos modos, creo que Natsauki se equivoca y que el dictamen que recibe en su pulsera es para el intercambio con otra persona, porque coge seis de mis galletas a cambio de la única que queda en su cesta. Después se inclina con esa reverencia típica de las personas que tienen los ojos rasgados, la piel pálida y el pelo laceo y negro, y cierra la puerta.

Ni siquiera oigo su voz una vez.

De vuelta a casa mi pulsera emite dos pitidos cuando paso delante del despacho dispensador de maná número 17, lo que significa que la dosis de papá ha llegado. El 17 está atendido por la viuda Arundhati 3 031109 145681, hija del Norte, igual que mi madre. Hay otros despachos de maná a una distancia equivalente de casa, pero Arundhati siempre es correcta conmigo, quizá porque desde que perdió a su marido sabe lo que es formar parte de una familia incompleta.

Además de ser compañero de mamá en el Ministerio de Tecnología, Ranjiv, así se llamaba el esposo de Arundhati, era un tipo conocido en la Partición. Los boletines informativos mencionan que desde muy temprana edad la cabeza de Ranjiv necesitó pequeños reajustes periódicos. Yo creo que trabajar con mi madre no le ayudó, aunque es verdad que Ranjiv sufrió su primer ataque antes de conocerla, concretamente durante su criba.

—La cosa sucedió más o menos así —me explica Arundhati por enésima vez (hoy es la criba y el suyo es un recuerdo recurrente)—: Si le hubieras visto... —siempre empieza del mismo modo—, mi futuro esposo era un joven apuesto de mirada despierta, barba poblada y manos pequeñas de dedos delgados, eso sí, un poco bajito. —Se detiene para corregir una pequeña inflexión en la voz, pero no es nada importante y puede seguir sin esperar una autorización—: Como el tono verdoso de nuestra piel y el color negro y el brillo de nuestro cabello es único, nos encontramos casi de inmediato y nuestras pulseras anuncian la coincidencia de nuestros identificadores sin contratiempos. Se muestra serio y



educado, eso me agrada, pero al oír mi juramento de compromiso, me toca en la mano. ¡Me toca! —repite Arundhati con los ojos muy abiertos y después me explica que Ranjiv empezó a dar saltos a su alrededor, como curvó los labios hacia arriba con la boca abierta de par en par y como dejó escapar un sonido estridente que no cesó ni cuando su pulsera empezó a pitar y una pareja de funcionarios de seguridad se lo llevaron en volandas. Todo el mundo conoce los peligros de una alarma de muerte en un lugar atestado de gente como el Atrio.

Ahora el pitido es de la pulsera de Arundhati, lo que significa que se ha excedido en el tiempo asignado para atenderme y que su cuota de producción sufre una penalización. Calla de inmediato, se apresura a registrar la hora de entrega de la dosis de maná en la terminal de control y cuando termina, deja la pequeña ampolla en el mostrador.

Me despido de Arundhati y salgo a la calle con el recuerdo de la criba de Ranjiv aún en la cabeza. A pesar de la alarma de muerte, Ranjiv no explotó en pedazos en su criba. Vivió con su esposa hasta que perdió la vida en un accidente laboral y el Celador bajó del cielo y se lo llevó, igual que se llevó a mi madre, como el Celador hace siempre cuando en el Nudo sobreviene la muerte. Sin embargo, conozco la historia de Ranjiv no solo por el relato de Arundhati, sino porque desde que Ranjiv nos dejó, las imágenes de su ataque aparecen en los boletines informativos del especial de cada criba. Lo de mi madre es peor. La televisión repite las imágenes de su suicidio durante todo el año y el mal de Norah es materia de estudio en todos centros de enseñanza desde enseñanza 4, en adelante.

Después del suicidio de mi madre, papá y yo creímos que bastaría con acudir a la oficina de reajustes para que nos borrarán nuestros recuerdos con ella. Pero la semana siguiente, papá fue expulsado del cuerpo de funcionarios de seguridad y acabó recolocado en un despacho de bienes de nivel 1, cerca de casa. Cinco meses más tarde, mi pulsera me informó de que mi padre ya no era apto para la producción y que yo debía ocupar su puesto al frente del despacho de bienes. Entonces aún no había cumplido nueve años.

A la mañana siguiente, en lugar de acudir al centro de enseñanza, me dirigí al despacho de bienes y tiré y tiré del sistema manual de la puerta hasta que las palmas de las manos se me llenaron de ampollas. Al parecer, desde el Flujo olvidaron incorporar mi código de identificación al sistema de apertura automático, así que al final tuve que desistir y me quedé sentada en la acera, sin apartar los ojos de la pantalla de mi pulsera de vida.

El mismo funcionario que me multó aquella mañana por estar en la calle sin atender mi cuota de producción, por la tarde recibió el dictamen de ayudarme con el sistema de apertura. A veces pasa, Origen está muy ocupado y el funcionario del orden y su talonario de minutos de penalización llegan antes que el dictamen de solución. Cuando llegué a casa de madrugada, papá no dijo nada. Se inyectó la dosis en el baño y regresó a la cama donde se acostó con la cara hundida en la almohada.

Al principio la gente acudió al despacho de bienes para ver a la hija de Norah la suicida trabajar la cuota de su padre. Pero poco después, el local siempre estaba vacío y mi pulsera apenas recibía unos pocos dictámenes que hacían referencia a mis

obligaciones con la cuota de producción, los mismos un ciclo sí y la siguiente también.

Era aburrido, pero era la voluntad de Origen y me bastaba.

La recompensa a mi paciencia llegó en el ciclo de mi doce cumpleaños. Recibí el dictamen de felicitación de Origen, tal como Origen hace con todos los habitantes del Nudo en su aniversario; hasta ahí nada especial, pero ese año hubo algo más. Lo recuerdo como si fuera ayer: «Ciclo 12 del 5° mes del 367 año de Origen. Intervalo de actuación: hasta notificación de cese. Actividad: asimilación de conocimientos. Para descarga de unidad de aprendizaje 001, pulse #1070# Feliz aniversario Lara 2 023518 55019».

¡Un dictamen de asimilación de conocimientos! Desde aquél dictamen, cada semana dedico tres o cuatro horas de estudio a las unidades de aprendizaje que Origen envía puntualmente a mi pulsera. Parece un sistema de escritura similar al que Origen usa para transmitirnos sus dictámenes, solo que estos símbolos no se parecen en nada a lo que estoy acostumbrada. No sería la primera vez que Origen pone en marcha un programa piloto antes de implementar una mejora productiva y la idea de formar parte del experimento me mantiene ilusionada. Si lo hago bien, quizá Origen limpie la imagen que la gente del barrio tiene de papá y de mí.

A veces me preguntó porque Origen me escogió para su experimento después de lo que hizo mamá y concluyo que es su manera de ayudarme para que no enloquezca igual que ella. Claro, porque, ¿quién puede soportar ocho años de reclusión en un pequeño despacho de bienes donde no entra nadie? Sin las

horas de estudio, sin la esperanza de un cambio en mi suerte, el ciclo menos pensado habría abandonado mi puesto y habría descuidado la cuota de producción que paga el maná de papá.

    Mi aprendizaje ya dura cinco años. Origen aún no ha anunciado los resultados de su programa piloto, pero sigo estudiando, porque tengo una fe ciega en Origen. Porque Origen lo ve todo y tiene sus razones.

Para saber más sobre el autor y comprar este y otros títulos:

[www.ibanroca.com](http://www.ibanroca.com)

<https://www.facebook.com/ibanrocalibros>